

Sesenta y nueve llamadas perdidas
quedaron huérfanas de un destino incierto.
Cada una de ellas, un enojo que crecía,
una explosión histérica, lava de misterios,
que se apagó tras la tercera llamada,
luego la sexta...
“¡Contesta, demonio, por qué no contestas?!
¡Miserable!
¡Basura!
¡Gusano! Riiing, riiing, riiing...”
La llamada número doce...
Ya las campanas sonaban atronadoras
como artillería rusa en el corazón de Kiev,
y la rabia nublaba los celos
como un molotov explotando a centímetros.
La llamada veintisiete...
“¡Abre, desalmado!
La culpa es mía por arrastrarme ante ti.
¡Traidor de...
Que te pudras!
¡Cerdo!
¡Putas... shhh...!”
“¡Abre al demonio y luego vete donde quieras!”
(Las maldiciones rozaban la excomunión.)
Pero mi templo, donde yo rezaba, era otro.
La llamada cuarenta y cuatro...
Riiing, riiing, riiing...
El aire se había vuelto suelo donde reposaban
sus pies, su cuerpo y su espíritu.
Su rostro, por ironía, se había vuelto
un arcoíris de ocho colores,
una pintura de...
el semblante de una mujer enfurecida.
Gira en la llamada cincuenta
como una hélice delirante de hormonas
en un cuerpo donde las metástasis tiemblan, palidecen,

hasta ahogarse en el pozo de su rabia.

La llamada sesenta y uno...

Había roto el cristal que compramos en Barcelona,
el perfume junto con la torre de París.

Rasgó la foto donde yo estaba,

y por error, su propia cabeza.

La llamada sesenta y nueve...

“Ábremeeeeeee...

Ábreme, amor.

Perdóname otra vez, no volverá a pasar.”

Sesenta y nueve llamadas perdidas

brillaban como un zodiaco,

dos peces cabeza con cabeza invertida

en el mar amarillo

de una tierra sin olas

que el cielo agoniza.